

20º Domingo del Tiempo Ordinario



La Eucaristía es un signo de unidad que despierta el profetismo, exige valentía, desenmascara la falsa paz y soporta oposiciones. Al celebrarla, celebramos la cruz de Cristo, la sangre del Justo, que inició y completa nuestra fe.

En la primera lectura, el discípulo que relató la pasión de Jeremías completó el mensaje de la palabra del profeta con el mensaje de su vida. En su existencia amenazada de muerte padece la muerte que anuncia a la nación. La resistencia a su palabra repercute en su persona. Pero no salvará mejor al pueblo amenazado el nacionalismo inútil, de los

que le llaman derrotista, que la verdad severa del profeta.

Para el autor de **la segunda lectura**, una comunidad cristiana siempre es objeto de observación por los de fuera; nunca pasa desapercibida. La comunidad tiene que realizar una competición deportiva, marcada en el proceso de liberación humana. Para poder vencer, debe aligerarse de todo lo superfluo, de todas las superestructuras extrañas que la agobian.

El evangelio no es una noticia tranquilizante, ni menos una droga que produce la uniformidad de una comunidad de alienados. El evangelio es una noticia inquietante, que puede engendrar la división hasta en la propia familia. Es inútil, pues, descafeinar la evangelización.

PRIMERA LECTURA

Me engendraste hombre de pleitos para todo el país

Lectura del libro de Jeremías

38, 4-6.8-10

En aquellos días, los príncipes dijeron al rey:

— «Muera ese Jeremías,
porque está desmoralizando
a los soldados que quedan en la ciudad
y a todo el pueblo,
con semejantes discursos.

Ese hombre no busca el bien del pueblo, sino su desgracia.»

Respondió el rey Sedecías:

— «Ahí lo tenéis, en vuestro poder:
el rey no puede nada contra vosotros.»

Ellos cogieron a Jeremías
y lo arrojaron en el aljibe de Malquías, príncipe real,
en el patio de la guardia, descolgándolo con sogas.

En el aljibe no había agua, sino lodo,
y Jeremías se hundió en el lodo.

Ebedmelek salió del palacio y habló al rey:

— «Mi rey y señor, esos hombres
han tratado inicualemente al profeta Jeremías,
arrojándolo al aljibe, donde morirá de hambre,
porque no queda pan en la ciudad.»

Entonces el rey ordeno a Ebedmelek, el cusita:

— «Toma tres hombres a tu mando,
y sacad al profeta Jeremías del aljibe,
antes de que muera.»

Palabra de Dios.

La vida de Jeremías es toda una tragedia: ama apasionadamente a su pueblo y desea para todos lo mejor, pero tiene que anunciarles lo peor. Sin embargo, Jeremías cumple su misión y anuncia a todos la amarga verdad que le ha sido revelada. Esto le acarrea la persecución de sus paisanos.

Abortada la rebelión de Jeconías, rey de Israel, contra Nabucodonosor, rey de Babilonia, se produce en el 597 a.C. la primera deportación a Babilonia. Sedecías, hombre bueno pero débil, sube al trono y se deja llevar por sus dignatarios a la aventura de la guerra. La voz del profeta se alza para proclamar lo absurdo de cualquier alianza con Egipto en contra de Babilonia. Sin embargo, los representantes del mundo oficial deciden a su antojo en lugar del pueblo hambriento y desmoralizado: un nacionalismo y una resistencia militar que hace caso omiso de la palabra del profeta. La voz del profeta es molesta cuando interpreta el sentimiento popular. Los poderosos intentarán suprimirlo. Muchos años más tarde se producirá una situación semejante con Jesús (cf. Jn 11, 50).

En el griego de los LXX esta proposición del vers. 5 es una reflexión que se hace el narrador: "porque el rey no podía nada contra ellos". El rey se da cuenta de que su debilidad le ha llevado a dejar el poder en mano de sus ministros. El profeta se encuentra desasistido, ya que el rey está mucho más atado que el mismo profeta. El hacer profético se realiza en gran desnudez. Sólo quien lo ha experimentado puede llegar a calibrar tal estado de cosas.

La cisterna viene a ser un símbolo del abandono y de la muerte (Gn 37, 22. 28). La oración sálmica que numerosas veces hiciera Jeremías de "ser contado con los que bajan a la fosa" se hacía realidad en la vida del profeta (cf. Sal 7, 16; 27, 1; 87, 5; 142, 7). Así la acción profética quedaba concluida, ya que su vida misma apoyaba sus palabras. Cuando el que profetiza une su vida a su palabra, lo que de ahí puede salir es algo de una fuerza imprevisible y definitiva.

En el momento de la prueba solamente un extranjero se apiada del profeta y se salva gracias a la simpatía de un cortesano etíope. El profeta está empeñado en una empresa ardua, casi imposible: hacer recapacitar al pueblo para que tome conciencia de pueblo elegido. Es difícil oír la voz de un profeta que clama por la confianza en Dios, cuando el hombre solamente confía en sí mismo. Destino doloroso, destino de profetas

El profeta padece en silencio, sin rechistar. Pero con su fidelidad hasta la muerte a la palabra de Dios y la aceptación de su destino da una lección a todo el pueblo. Israel debería someterse a la voluntad de Dios y aceptar la rendición y hasta el exilio para evitar males mayores. Pero no es eso lo que hace, sino que busca aliados a cualquier precio para alzarse contra Babilonia. Jeremías propone una política que juzga más realista en aquellas circunstancias: confiar en Dios y no en los aliados, aceptar lo inevitable y mantener viva la esperanza hasta que vengan tiempos mejores.

Dios se sirve de Ebedmelek para rescatar a su profeta y sacarlo del pozo donde lo habían arrojado. También Israel será sacado en su día de la cautividad de Babilonia por el mismo Dios que ahora permite que sea deportado. Y será como un segundo éxodo.

El auténtico mensajero de Dios debe siempre anunciar la verdad aunque le cueste la cárcel y la muerte. La "verdad" siempre es algo duro de pelar, acarrea más momentos de tristeza que de gozo y de alegría: "...forzado por tu mano me senté solitario, porque me llenaste de tu ira" (15,17). Jeremías es odiado por los ministros del rey e incluso por el mismo pueblo por quien tanto trabajó durante cuarenta años para obtener su conversión. No es raro que entrara en una grave crisis

Todos los profetas de ayer y de hoy aprenden en su propia carne que la verdad hierde. Cuando la multitud o la autoridad ha encontrado un pretexto -sin vinculación con su mensaje- para liquidarlos, no dudan por mucho tiempo en inscribir una nueva pasión en la ya larga lista en medio de la cual está plantada la cruz de Cristo.

Jeremías tenía un alma particularmente sensible: en su temperamento todo conducía a la indulgencia; hubiera sido por naturaleza un excelente profeta de la felicidad, y de hecho es el profeta de la desventura para recordar que Dios no está en la continuidad absoluta de los valores y de las opciones humanas y que su encuentro supone un retorno decisivo de esas opciones.

Alma delicada y depresiva, Jeremías hubiera sido feliz en medio de la tranquilidad y la paz, y he aquí que, en contra de todo lo que era, se ve abocado a enfrentarse con la persecución y a buscar, en recursos por encima de los suyos propios, la fe y el abandono requeridos para ser el testigo de Dios.

Jeremías ha sido para la tradición bíblica y eclesial el precedente genuino de Cristo. El personaje histórico en quien se inspiró el segundo Isaías para pintarnos al Siervo Paciente. El Profeta de la interioridad, de la Nueva Alianza. El hombre que se confesó públicamente hombre, para que nunca más hombre alguno pretendiera disimularlo bajo capa de santidad.

Salmo responsorial

Salmo 39, 2-4.18

V/. Señor, date prisa en socorrerme.

R/. Señor, date prisa en socorrerme.

V/. Yo esperaba con ansia al Señor;
él se inclinó y escuchó mi grito.

R/. Señor, date prisa en socorrerme.

V/. Me levantó de la fosa fatal,
de la charca fangosa;
afianzó mis pies sobre roca,
y aseguró mis pasos.

R/. Señor, date prisa en socorrerme.

V/. Me puso en la boca un cántico nuevo,
un himno a nuestro Dios.
Muchos, al verlo, quedaron sobrecogidos
y confiaron en el Señor.

R/. Señor, date prisa en socorrerme.

V/. Yo soy pobre y desgraciado,
pero el Señor se cuida de mí;
tú eres mi auxilio y mi liberación:
Dios mío, no tardes.

R/. Señor, date prisa en socorrerme.

SEGUNDA LECTURA

**Corramos en la carrera que nos toca,
sin retirarnos**

Lectura de la carta a los Hebreos

12, 1-4

Hermanos:

Una nube ingente de testigos nos rodea:
por tanto, quitémonos lo que nos estorba
y el pecado que nos ata,
y corramos en la carrera que nos toca,
sin retirarnos,

fijos los ojos en el que inició
y completa nuestra fe:

Jesús,
que, renunciando al gozo inmediato,
soportó la cruz, despreciando la ignominia,
y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios.

Recordad al que soportó la oposición de los pecadores,
y no os canséis ni perdáis el ánimo.

Todavía no habéis llegado a la sangre
en vuestra pelea contra el pecado.

Palabra de Dios.

La carta a los hebreos se dirige a una comunidad cansada y vacilante en la fe. Los peligros a que se refiere son los de la segunda generación. Ha desaparecido el primer entusiasmo, la novedad del mensaje se ha convertido en costumbre, se dejan sentir las dificultades internas y externas y el camino de la cruz y de la resurrección se presenta como una carga pesada. La comunidad es muy distinta de lo que cabía esperar.

La fe de los antepasados debe servir de estímulo para la comunidad en orden a perseverar en la fe. La amplia enumeración de creyentes que ha presentado en el capítulo once, les hace ver que no son creyentes aislados.

El verdadero modelo, al que deben mirar e imitar, es Cristo. La total solidaridad con él significa, para la comunidad, que su destino está ligado al de Cristo y que no será ni mejor ni peor: persecución y desprecio, sufrimiento y muerte fueron el destino del Señor.

Pero porque la comunidad experimenta en sí misma el destino de Cristo ha de tener fija la mirada en él. Ante este modelo -Cristo- la comunidad no puede decir que está sujeta a un esfuerzo excesivo y que haya ya llegado al límite de sus fuerzas.

El ejemplo de los Padres y el de Cristo ha de estimular la fe de la comunidad. Es una exhortación apta para nuestros días. Hoy son muchos los cristianos y las comunidades inseguros en su fe. Son cristianos comprometidos, quieren instruirse, se plantean los problemas actuales, pero no saben qué camino tomar. Es el momento de aceptar la sabiduría de la cruz. Estar bajo la ley de la cruz significa, para la comunidad, soportar las tensiones y contradicciones en el interior de la comunidad, de la Iglesia, y perseverar a la espera del que da razón de nuestra fe: Cristo Jesús.

El autor trae a la memoria de sus destinatarios, los judeo-cristianos alejados de Jerusalén a causa de la persecución y que anhelan volver a ella, el ejemplo del pueblo peregrino que fue el de sus antepasados (Heb 11). En ese momento aplica al pueblo cristiano este tema, haciéndole ver que siempre será nómada en este mundo.

La imagen del nomadismo encuentra aquí su doble en la de las carreras de fondo en atletismo (como en 1 Co 9, 24-30, 5). Los cristianos son los corredores del estadio y los graderíos están ocupados por sus antepasados (v. 1) que animan ardorosamente la fortaleza de sus descendientes. La distancia a recorrer es larga y es conveniente perder algunos kilos ("arrojar todo el peso"; v. 1) para aguantar la prueba hasta el final.

Pero todos los espectadores no son necesariamente "animadores" ("hinchas"); hay también un clan de adversarios, los "pecadores" (v. 3), que han hecho sufrir muchas afrentas a Cristo y todavía tienen otras muchas reservadas a los cristianos.

Pero la imagen del pueblo peregrino aparece en primer término y se manifiesta sobre todo en la invitación hecha a los cristianos (v. 2) de fijar su mirada constantemente en el guía que los conduce: Jesucristo sustituye a la columna de luz que guiaba al pueblo en el desierto. Esta conducía al pueblo hacia una felicidad material; Jesucristo, en cambio, encamina a su pueblo a la "perfección" y le conduce consigo al trono de la gloria. Esta "perfección" designa el estado de la humanidad fiel al término de su peregrinación actual. Cristo es el "perfeccionador", para emplear un neologismo que traduce mejor el texto griego, es decir, el que da por terminado el peregrinaje terreno de su pueblo en el santuario de su gloria.

Para el autor de la carta a los Hebreos el objetivo es que la contemplación de Jesucristo y de su camino hacia Dios nos conduzca a una íntima e inalienable experiencia personal, es decir, a la fe viva. El camino de la plena entrega interior a Dios, hasta dar la vida, es el único acceso a la verdadera vida en Dios.

Con la mirada puesta en la firme constancia de Jesús, el autor exhorta: «Sacudámonos todo el lastre y el pecado que se nos pega; corramos con constancia» (12,1); esta exhortación es la aplicación del binomio clásico «muertos al pecado, vivamos una vida nueva» (Rom 6,1-14) a la segunda generación.

Por un lado se considera el pecado «como un lastre que se nos pega», experiencia típica de personas y comunidades ya viejas; es la mediocridad, la cerrazón, la poca generosidad, la dimisión ante los auténticos objetivos de la vida, el miedo, el desánimo, el cansancio (12,3).

Por otro lado, la fe de la segunda generación es la «constancia», la conversión renovada, la recuperación diaria de la ilusión y la seguridad inicial (3,12-14), el retorno fiel a la contemplación de Jesús (3,1) y al sentido siempre nuevo de la victoria de su muerte (9,11-12), es el esfuerzo diario por una vida libre, valiente, pobre, alegre, caritativa (c. 11).

La alusión al carácter difícil de la constancia lleva al autor a un último destello de genialidad: «Sufrís para corrección vuestra» (12,7). El esfuerzo diario y constante por vivir de acuerdo con los valores y las actitudes del evangelio es la verdadera corrección del hombre en manos de Dios; por nuestra constancia nos va haciendo hijos Dios (12,7-9). Este esfuerzo es difícil y a veces parece inútil; pero quienes lo practican con perseverancia aprenden a participar de la santidad de Dios (10), así consigue Dios en ellos vidas justas, pacíficas, llenas de fruto, maduras, acabadas (11

Aleluya

Aleluya Jn 10, 27

Mis ovejas escuchan mi voz —dice el Señor—,
y yo las conozco, y ellas me siguen.

EVANGELIO

No he venido a traer paz, sino división

† **Lectura del santo evangelio según san Lucas**

12, 49-53

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

— «He venido a prender fuego en el mundo,
¡y ojalá estuviera ya ardiendo!

Tengo que pasar por un bautismo,
¡y qué angustia hasta que se cumpla!

¿Pensáis que he venido a traer al mundo paz?

No, sino división.

En adelante, una familia de cinco estará dividida:

tres contra dos y dos contra tres;

estarán divididos el padre contra el hijo

y el hijo contra el padre,

la madre contra la hija

y la hija contra la madre,

la suegra contra la nuera

y la nuera contra la suegra.»

Palabra del Señor.

En estos versículos, los dos primeros propios de Lc, hay distintas sentencias de Jesús agrupadas aquí en función de la idea central de que la venida de Jesús inaugura un tiempo crítico, que fuerza a los hombres a optar a favor o en contra de él. El cuarto evangelio lo señala dramáticamente, puesto que después de cada discurso o de cada milagro de Jesús se producen reacciones contradictorias entre los oyentes o espectadores: unos se encaminan hacia la fe, otros se irritan y no sólo rechazan, sino que odian a Jesús, con una aversión creciente, que los llevará hasta el homicidio. En este punto, como en tantos otros, Lc aparece muy de acuerdo con Jn.

Los vv. 49-50 son originariamente independientes. El "fuego" (v.49) que Jesús asegura va a prender en la tierra no debe entenderse como un recurso a la violencia para la implantación del Reino de Dios, sino como una alusión al Espíritu Santo o bien a la purificación de los corazones, según un simbolismo muy utilizado en el lenguaje bíblico. El "bautismo" (v.50) que Jesús tiene que recibir no es, evidentemente, ningún rito o sacramento. Debe entenderse la palabra en su sentido originario de "inmersión": Jesús debe sumergirse en unas aguas profundas, y ya sabemos que esas aguas son imagen de grandes sufrimientos. Es, pues, un anuncio de la Pasión. Tanto el "fuego" como el "bautismo" son objeto de un deseo vehemente de Jesús. Anhela purificar el corazón de todos los hombres con su Espíritu, y camina valerosamente hacia su pasión, que es su camino obligado. Estos dos versículos expresan por tanto, originariamente, la voluntad decidida de Jesús de realizar el plan que el Padre le ha propuesto.

Pero colocados aquí por Lc deben entenderse principalmente en función de los vv. 51-53 que siguen, en los que Jesús aparece como "signo de contradicción". Hay una referencia a Mi 7,6, que como una muestra de la corrupción general hablaba de las divisiones familiares. Naturalmente, Jesús no se propone obtener este lamentable resultado, pero de hecho el seguimiento fiel de Jesús originará tensiones e incluso rupturas. Cuando los apóstoles predicaban el evangelio entre los paganos del mundo greco-romano, la conversión al cristianismo implicaba un cambio de vida tan radical que podía dificultar seriamente la convivencia con los parientes aún paganos. En algunos países de misiones, en los que la vida social y familiar esté impregnada de actos religiosos o supersticiosos, podemos ver aún en nuestros días situaciones de desgarramiento o ruptura familiar semejantes a los que se debían dar a menudo en los inicios de la Iglesia. En una sociedad secularizada, o en un cristianismo debilitado, el conflicto se presentará más raramente.

Es frecuente ver en esta perícopa un intento para explicar el tiempo -la presencia- de Jesús como el tiempo de la decisión. Su venida y su historia se presentan como una situación de conflicto para él y para los que optan por él.

No es fácil precisar el concepto de "fuego". Jesús ha deseado algo que no ha llegado todavía. El cumplimiento de este deseo, en otros textos, significa la venida del

Espíritu Santo (Lucas 3,16). Se podría pensar en el Espíritu Santo, pero aquí esta palabra-metáfora está asociada al concepto de juicio, un juicio que abrasará la tierra.

Se puede establecer un paralelo entre el fuego y el bautismo como un paso desde el dolor y la tribulación a la magnificencia de Dios. Se incluye entonces el sentido de purificación. Desde el versículo 50, parece que hay que entender el fuego como purificación de los corazones. La revelación de Dios nos trae el juicio y la purificación.

El Mesías será entendido y esperado como portador de salvación, pero el salvador hay que verlo en estrecha relación con la paz.

Paz anunciada en su nacimiento (Lc 2,14) y en la expresión: vete en paz (Lc 8,48). Es la paz mesiánica que no coincide con la paz romana o pacificación en sentido político.

La actuación de Jesús no puede ser la pacificación exterior. Su venida conlleva para los hombres decidirse frente a él y su mensaje. La posibilidad de libertad de elección trae la escisión y la división. La figura de Jesús es el centro. La actitud de cada cual es la que divide. Se ejemplifica esta división desde la comunidad familiar. La actitud frente a Jesús crea nuevos lazos y relaciones que relativizan los lazos de la sangre. Era una experiencia vivida en muchas familias. Dentro de la misma familia unos se convertían y seguían a Cristo y otros se oponían y perseguían a los seguidores.

HOMILÍA

FE/FORTALEZA

Lucas sigue describiendo el camino del cristiano, que es el de Cristo. El domingo pasado era la vigilancia su característica. Hoy es la fortaleza, la opción clara que exige, la decisión firme de seguir o no a Cristo. Ser cristianos en medio del mundo en que vivimos no es fácil.

LA VIDA COMO LUCHA Y COMO CARRERA ATLÉTICA. En la primera lectura se nos presenta brevemente la figura de un profeta, Jeremías, al que no le resultó nada fácil cumplir su misión. El, que por temperamento hubiera predicado con gusto palabras de dulzura y felicidad, recibió de Dios el encargo de anunciar un futuro sombrío para su pueblo, y aconsejarle decisiones que no eran nada del agrado de las autoridades, sobre todo militares. Por eso intentaron eliminarle, hacer callar su voz. Jeremías hundido en el fango del pozo: todo un símbolo.

También la carta a los Hebreos nos presenta la vida cristiana en su lado dinámico y batallador. Como una carrera, ante un estadio lleno de gente: nos contemplan miles de personas, nuestros antepasados en la fe y los contemporáneos: ¿cómo corremos? ¿cómo recibimos y traspasamos el "testigo" de nuestra fe en esta carrera de relevos que es la vida de la comunidad cristiana? No resulta nada espontáneo ni cómodo ser cristianos. Muchas veces nos asalta el cansancio y el miedo. El autor de la carta propone la fuente de la fortaleza: "fijos los ojos en Jesús, pionero de la fe". También a El, a Cristo, le resultó difícil cumplir su carrera, pero nos dio el ejemplo mejor de fe en Dios, y ella le dio la fuerza para seguir hasta el final, hasta la muerte. A nosotros nos invita a seguir el mismo camino: "corramos en la carrera que nos toca sin retirarnos... no os canséis, no perdáis el ánimo... no habéis llegado a la sangre en vuestra pelea contra el pecado".

NO HE VENIDO A TRAER "PAZ". Seguir a Cristo requiere una opción personal consciente. En el evangelio de hoy nos lo dice el mismo Cristo con imágenes muy expresivas. No ha venido a traer paz, sino guerra. El mismo que luego diría: "mi paz os dejo, mi paz os doy", nos asegura que esa paz suya debe ser distinta de la que ofrece el mundo. Nos asegura que ha venido a prender fuego en el mundo: quiere transformar, cambiar, remover. Y nos avisa que esto va a dividir a la humanidad: unos le van a seguir, y otros, no. Y eso dentro de una misma familia. Cristo -ya lo anunció el anciano Simeón a María- se convierte en signo de contradicción.

Si sólo buscamos en el evangelio, y en el seguimiento de Cristo, un consuelo y un bálsamo para nuestros males, o la garantía de obtener unas gracias de Dios, no hemos entendido su intención más profunda. El evangelio, la fe, es algo revolucionario, dinámico, hasta inquietante.

SER CRISTIANOS EN EL MUNDO DE HOY. El ser fieles al evangelio de Jesús muchas veces también a nosotros nos produce conflictos. Estamos en medio de un mundo que tiene otra longitud de onda, que aprecia otros valores, que razona con una mentalidad que no es necesariamente la de Cristo. Y muchas veces reacciona con indiferencia, hostilidad, burla o incluso con una persecución más o menos solapada ante nuestra fe. Tener fe hoy, y vivir de acuerdo con ella, es una opción seria.

No se puede compaginar alegremente el mensaje de Cristo con el de este mundo. No se puede "servir a dos señores" (/Mt/06/24./Lc/16/13). Siempre resulta incómodo luchar contra el sentir ambiental, sobre todo si es más atrayente, al menos superficialmente, y menos exigente en sus demandas. La visión del mundo que Jesús nos va ofreciendo en las páginas de su evangelio tiene muchas veces puntos contradictorios con la visión humana de las cosas. Ser cristiano es optar por la mentalidad de Cristo. No se puede seguir adelante con medias tintas y con compromisos. En la moral, por ejemplo, el evangelio es mucho más exigente que las leyes civiles.

El evangelio es un programa de vida para fuertes y valientes. No nos exigirá siempre heroísmo -aunque sigue habiendo mártires también en nuestro tiempo-, pero sí nos exigirá siempre coherencia en la vida de cada día, tanto en el terreno personal como en el familiar o sociopolítico.

Sería una falsa paz el que lográramos demasiado fácilmente conjugar nuestra fe con las opciones de este mundo, a base de camuflar las exigencias entre ambas. La paz de Cristo, la verdadera, está hecha de fuego y de lucha. Claro que es más "pacífico" que el Papa, en sus viajes, o los obispos en sus orientaciones pastorales, no digan nada más que palabras de consuelo y halago: pero tienen que decir lo que ellos creen que es la verdad conforme al Evangelio, y eso, muchas veces, suscita reacciones violentas de oposición. En su encíclica, (de mayo de 1986) "Señor y dador de Vida", Juan Pablo II nos invita a una clara opción por la mentalidad de Cristo cara al año 2000, fiados en la fuerza de su Espíritu, en lucha contra el ateísmo y el materialismo sistemático que amenazan con invadir nuestra mentalidad. Cada vez que celebramos la Eucaristía, ciertamente nos dejamos envolver en la paz y el consuelo de Dios. Pero a la vez esta celebración nos compromete a una vida según Cristo, y a una lucha por defender nuestra fe. Escuchamos una Palabra que interpela nuestra conducta y nos señala caminos.

J. ALDAZABAL